

llevando á la humanidad con su persona el inmenso tesoro de unos méritos inagotables, por los que el hombre abyecto se levanta hasta la mas eminente santidad. Tal es la esperanza que el Cristianismo inspira.

Medida desde el punto de vista de la esperanza, la doctrina católica excede en altura á toda otra doctrina.

¿Y qué dirémos de la doctrina católica, considerada como una doctrina de amor? El amor es la suprema fuerza del Cristianismo; todas las teorías cristianas no tienen mas objeto que la realizacion completa del amor; pudiendo decir que ella no es otra cosa en resúmen, que su organizacion y su reglamento.

Así es, que el resúmen de la ley, contenido en la Doctrina cristiana, es *amar á Dios sobre todas las cosas*, y al prójimo como á sí mismo *por amor de Dios*. Los diez preceptos de la ley tienden, unos á regularizar los ímpetus de la naturaleza, cuyo desborde perturba la armonía y el amor de los hombres; otros, á conservar las relaciones de intimidad de los hombres con el Padre celestial. La accion de la ley cristiana es unificar; *Sed unos como Yo y el Padre lo somos*, decia Jesucristo.

Para cimentar el amor universal, Jesucristo enseñó la doctrina de las bienaventuranzas, cuya tendencia es realizar la perfecta igualdad. Esta doctrina eleva todo lo que el hombre degenerado desprecia y rebaja. Los pobres eran objeto del desden social, Jesucristo declaró al espíritu de pobreza propietario del reino de los cielos; á los despreciados, á los que lloran, á los que son perseguidos á causa de su justicia, á los mansos, en una palabra, á cuantos por su abatimiento ó su sencillez la sociedad cercena sus posiciones influyentes, Jesucristo los declara bienaventurados, poseedores de un favor especial en los consejos y en los destinos del Cristianismo. Nada hay despreciable en la sociedad cristiana, pues aquello mismo que el mundo califica de hediondez, de escombros, *peripsema*, merece en ella nada menos que los honores del apostolado. Todo es digno de amor dentro la ley de Dios, y el amor, descendiendo de Dios y elevándose hasta á Dios, toma proporciones extraordinarias, pasa á ser caridad.

Y el hombre, animado por la caridad, se transforma en un ser superior, se encuentra dispuesto siempre á sacrificar sus conveniencias, sus bienes, su posicion, su sangre, su vida por su Dios, por su hermano, y hasta ¡admirable transformacion! hasta por su enemigo.

Y este amor inmenso, intensísimo, universal, se realiza en la sociedad cristiana en la unidad mas perfecta; pues Jesucristo quiso de tal manera unirlo todo, que todo elemento que ha querido seguirle, le ha fundido en sí mismo, haciéndole en cierta manera parte de su propia personalidad. Esta concentracion de todos los cristianos en Jesucristo, esta unidad de vida social, que se realiza en el Cristianismo, se basa en los Sacramentos; los que infunden la gracia de Jesucristo al hombre constituido en los diversos estados de la vida individual y social. La gracia de Jesucristo es á la sociedad cristiana lo que al cuerpo material es la sangre. La sangre mantiene la unidad de la organizacion material del cuerpo, la gracia mantiene la unidad de organizacion moral de la sociedad. San Pablo expresó perfectamente el estado social que resulta de la union de los hombres con Jesucristo por los Sacramentos: *bautizado, confirmado*, levantado por la *Penitencia*, alentado por la *Eucaristia*, elevado por el *Orden*, *desposado* con la Iglesia, decia: *Vivo, pero no vivo yo, Cristo vive en mí*. Pues esta palabra de san Pablo es la de la sociedad, unida entre sí, y unida con Jesucristo por las relaciones sacramentales.

La doctrina de los Sacramentos es, pues, la doctrina de la *unidad*, como la de las bienaventuranzas es la de la *igualdad*.

Hé ahí en resúmen lo que es la doctrina cristiana, medida por la *fe*, por la *esperanza*, y por la *caridad*. En cada uno de los tres conceptos excede los límites naturales, se revela en ella la grandiosidad, no ya del universo, sino de su Autor; vese en su fondo la Divinidad.

Siendo incomparable por la inmensidad de su fe, de su esperanza y de su amor, la doctrina cristiana no puede ser sino *una*. Y no puede ser mas que una, porque ha de ser *santa*, esto es, *sancionada* por Je-

sucristo, y Jesucristo no podía sancionar la diversidad doctrinal, el sí y el no; y además, porque es inmensa en sus principios y en sus consecuencias, y la inmensidad no puede ser sino una. Una debe, pues, ser la doctrina de *Dios*, como uno es *Dios*. La enseñanza de esta doctrina la confió Dios á la sociedad apostólica, y á la que le sucediera en el desarrollo de los siglos; es la sociedad que llamamos la Iglesia docente; el Sumo Pontífice la preside, como su oráculo infalible; los obispos, órganos directos del Espíritu Santo, constituyen su cuerpo; los sacerdotes, sus intermediarios para con el pueblo. Y los que la enseñan y los que la profesan constituyen la Iglesia católica, á la cual, ya antes de organizarla, el Espíritu Santo llamaba *toda pura, toda hermosa y sin mancha*; y de la cual ya á punto de abandonarla, decia Lutero: «Reconocemos que en el papismo se halla *la verdadera santa Escritura*. Preciso es le concedamos lo que le pertenece: en el Papismo está la palabra de «Dios, la mision apostólica, el verdadero Bautismo, «el verdadero Sacramento del altar, la verdadera clave para la remision de los pecados, el verdadero Catecismo... (1).»

Hé ahí una idea general de la gran diversidad de la doctrina católica, y de la sólida autoridad en que se funda, contenida en el pequeño Catecismo que ofrecemos, redactado por el sábio Obispo de Orleans.

Que el Catecismo, sublime como es, esté en manos de nuestros niños, cosa es que honra la sociedad cristiana, que enseña cosas tan incomprensibles á los pequeños; pero que no se halle en manos de los hombres maduros, es mas incomprensible que los misterios que enseña. En este punto la indiferencia es un tremendo misterio.

Loor al Obispo de Orleans, que ha empleado los cinco talentos que de Dios ha recibido, para beneficiarlos en pro de la fe, de la esperanza y de la caridad, de la que la doctrina católica es fecundísimo manantial.

(1) Lutero, tomo IV, edicion de Jena.

EL
CATECISMO CRISTIANO

ó

EXPOSICION DE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO,

PRESENTADA Á LOS HOMBRES DE MUNDO,

SEGUIDA DE TRES CARTAS

SOBRE LA VIDA CRISTIANA,

POR LACORDAIRE.

Frecuentemente he encontrado en los hombres de mundo, por lo que atañe á la Religion, un obstáculo considerable, que les impide volver hácia nosotros, ó que les detiene cuando tratan de hacerlo: este obstáculo es lo poco que conocen el Cristianismo, y las dificultades que encuentran en instruirse en él.

No trato de quejarme aquí de este estado de cosas, por muy sensible que él sea. Sé bien las dificultades que ciertas almas, aun entre las mejores y las mejor formadas para estar con nosotros, encuentran hoy en el camino de la fe; y siempre me ha impresionado esta palabra de san Agustin, el gran convertido, á los herejes de su tiempo: «Que se irriten contra vosotros, «decia el célebre Doctor de la Iglesia, aquellos que no «saben con cuánto trabajo se encuentra la verdad, lo